

## CAPITULO VII.

### ORIGENES POSITIVOS DE LA VERDADERA RELIGION: SUS HECHOS PRIMITIVOS.

Es imposible sostener, con visos de certeza, que los Evangelios pertenezcan à otra época ó á autores distintos de aquellos á los cuales nosotros los referimos. El exámen de las pruebas y el de las objeciones proporcionan, respecto del particular, los más irrefragables testimonios. Existe, sin embargo, un fundamento no ménos indispensable á la certeza de los orígenes cristianos, que la autenticidad de los textos evangélicos. Este fundamento consiste en los hechos por ellos referidos. Nueva tesis capital que re-

quiere ser probada con los documentos fehacientes en la mano, y que excluye toda demostracion por razonamiento especulativo, puesto que pertenece al dominio de la ciencia y no al de la inspiracion.

Consideracion verdaderamente digna de tenerse en cuenta, refiriéndose á la certeza de los hechos evangélicos! Al paso que todos los historiadores los admiten, los vemos impugnados únicamente por algunos que se engalanan con el nombre de filósofos ó por teólogos incrédulos. Esta observacion de Kengsternberg, el más sábio expositor alemán, basta por sí sola para dirimir la cuestion. En efecto, dicho escrito hace notar que en contra de dichos hechos se oponen sistemas, pero no pruebas, y que si son discutibles ante el tribunal de las ciencias especulativas, en razon de tener estas constantemente una teoria al servicio de sus más peregrinas afirmaciones, no lo son en manera alguna ante el de la historia, en el cual solo los hechos positivos tienen el derecho de prevalecer contra los que no lo son.

Cuando hace poco tiempo, respecto del particular, se metió tanto ruido, lo mismo en Francia que en Alemania, llegaron á presumir los incautos que se habia descubierto alguna impos-

tura ó mistificación en lo que constituye la base del Evangelio. Todo se redujo á la aparición de dos especies de soñadores: los unos simplemente racionalistas, pretendían que los hechos del Evangelio nada tienen de milagroso; los otros, puramente mitólogos, sostenían que los milagros del Evangelio no constituían hechos. Los primeros negaban la realidad sobrenatural; los segundos la realidad histórica de tales acontecimientos, así estos como aquellos, en lugar de producir una sólo justificación positiva en qué apoyar sus opiniones, limitáronse á presentar nuevas interpretaciones más ó menos ingeniosas. Es decir, que la crítica acude constantemente á la ciencia experimental, siendo así que esta no es más que la ciencia de las hipótesis contra la experiencia.

¿En qué se fundan si nó los que rechazan el carácter milagroso de la historia evangélica? Prescinden por completo del fondo del escrito, y se limitan á explicarlo fijándose en el siglo y en las personas que nos lo han transmitido: es decir, en las formas superticiosas empleadas comúnmente en dicha época para describir tales acontecimientos. Si la narración estuviese consignada con la precisión de ideas y de lenguaje que nuestra generación emplea, de seguro probaría

á sus ojos, ó una intervención de la divinidad, ó una superchería de los autores; mas, tan ingenuos documentos consignan sin artificio alguno, y hasta sin verdadero rigor histórico, un fondo de verdad, desfigurado por medio de innumerables adornos; acabando por expresar creencias más bien que hechos, correspondiendo por consiguiente á la crítica desentrañar lo que haya de cierto detrás de las fórmulas de esas creencias. Resulta de aquí un trabajo que sólo á ella corresponde, y que consiste en penetrar en el fondo de la historia sagrada, clasificando en la categoría de lo verdadero cuanto pertenece al orden natural; en la de lo falso, todo cuanto á sobrenatural trasciende. Evhemero, Eichhorn, Semler, Paulo, son los principales representantes de este sistema, aplicado por los unos al Antiguo, por los otros al Nuevo Testamento. Más adelante veremos hasta qué extremo de inverosimilitud han llevado su temeridad y su audacia.

¿En qué se fundan los mitológicos para rechazar no solo el carácter milagroso, sino también la realidad histórica evangélica? Para contestar á semejante pregunta, basta con dejar consignado que consideran dicha historia como un poema formado por la tradición y como una creación psicológica de la cual se desprende una

idea expresada por medio de acontecimientos casi siempre ficticios. Todas las historias, dicen, han empezado por medio de mitos, y la de los Hebreos no constituye una excepcion à esta regla general. Gabler, Baur, Vater, de Vette, han tratado de explicar todo el Antiguo Testamento fundados en este principio critico. La tentacion de Eva, el episodio de Noé, el arca de la alianza, la Torre de Babel se presentan maravillosamente à tales juegos de interpretacion. Vesklein, profesor de teologia en Munster, ha llevado la fantasia de semejante método, hasta el extremo de comparar desde el punto de vista de la realidad, el rapto de Henoch al de Ganimedes; la aparicion del Angel à Agar, à la de Apolo à Diomedes; Jehová socorriendo à Gedeon, à Júpiter salvando à los Troyanos. Finalmente, despues de otros muchos mitólogos eclecticos, aparece el doctor Federico Strauss que ha aplicado la misma teoria y de una manera por cierto mucho más radical, al Nuevo Testamento. Segun este, la critica no posee instrumento alguno bastante poderoso para separar el elemento real del elemento simbólico en los anales del cristianismo primitivo y por consiguiente es indispensable dar cuenta de todos los hechos del Evangelio por medio de puros mitos, y renun-

ciar à la tentativa de sacar de los mismos el más insignificante residuo positivo. Despues de lo dicho no hay para que advertir que tocamos al escepticismo histórico.

¿Qué es lo que puede oponerse à semejantes ataques de naturaleza diversa? En nuestro concepto nada más decisivo que los dos siguientes temas de defensa: Los hechos Evangélicos son verdaderos: 1.º como sobrenaturales; 2.º como históricos. ¿No es cierto que lo mismo las teorías racionalistas que las mitológicas, se desvanecen como el humo, puestas en frente de esta exposicion de la verdad?

## I.

Antes de decir el concepto que tales argumentos nos merecen, no estará de más consignar el que merecen à sus propios autores. M. Renan considera *ingeniosa* en ocasiones semejante exposicion; pero con más frecuencia *util*.

y violenta (1). En cuanto á la segunda dice, "falto del sentimiento de la historia y del hecho, nunca sale Strauss de las cuestiones del mito y del símbolo (2)". El mismo Strauss se subleva "ante el espectáculo ofrecido por esas producciones monstruosas resultantes de un sistema que compone la historia sin freno y sin regla." Por último Baur declara que no obstante los ensayos llevados á cabo, la crítica heterodoxa se encuentra tan atrasada como al principio. Francamente no vale la pena de contestar á quienes se refutan á sí mismos.

Sin embargo, abordemos de frente la teoría racionalista. Desde luego aduzco contra ella lo ridículo de sus interpretaciones. ¿Por qué razon el texto literal ha de merecer ménos fe que esos comentarios?

Segun ese sistema, ¿á qué se reducen todas las apariciones? A fenómenos explicables por los recursos ordinarios de la angelofanía, es decir, á algo semejante á los rayos, á los truenos, á los accidentes catalépticos etc. ¿Qué es el mutismo de Zacarías? Un taque de parálisis. ¿En qué

(2) Historia crítica de Jesús.

[1] *Idem*.

consiste la vision de los pastores de Belen? En la aparicion de unos fuegos fáutos existentes en la llanada. ¿Qué es la estrella de los reyes magos? Un simple cometa. ¿Qué es la adoracion de dichos Reyes? Una visita de mercaderes árabes que habiendo ido á Jerusalem para asuntos de su comercio, recibieron, en vez de darla, la noticia del nacimiento del Rey de los judíos. ¿Y la tentacion de Jesus en el desierto? Un efecto escénico preparado por algun fariseo farsante y de buen humor. ¿Y el agua convertida en vino en las bodas de Canà? Un regalo de bodas ofrecido por Jesus á los esposos, bajo una forma agradable y ocasionada al regodeo. ¿Y la transfiguracion? Un éxtasis de Jesus y una alucinacion de los discipulos. ¿Y la curacion de los ciegos? Una sencilla oftalmia producida por el polvo impalpable del país, y curada gracias á la ablucion practicada con un poco de saliva. ¿Y la de los possidos? Efecto del tratamiento calmante administrado á los que padecen ataques de nervios. ¿Y la resurreccion de los muertos? El término de un sueño letárgico hábilmente determinado. ¿Y la resurreccion del mismo Jesus? La reaparicion de un ajusticiado que no habia sucumbido á las torturas del suplicio al dársele sepultura. Por supuesto que al más lego se le

ocurre que si fué enterrado vivo, debía sucumbir á la asfixia producida por los aromas que, debiendo conservar su cuerpo si estaba muerto, no podia ménos que producir su muerte estando vivo; mas á esto se contesta que es una indiscrecion dirigir á la crítica semejante pregunta. Y en efecto no se digna, mejor aun, no puede contestar á ella, como no puede contestar á las innumerables objeciones que se le dirijen respecto de mil incidentes de la narracion sagrada que no llega á explicar. Mas ¿cómo es posible entenderse con comentaristas que se explican la tempestuosa escena del Siná, por aparato fantasmagórico dispuesto por Moisés; y la columna de luz que condujo al pueblo de Israel al través del desierto, por una antorcha sostenida por los exploradores; y la permanencia de Jonás en el vientre del mónstruo marino, por la desaparicion de un profeta y subsiguiente permanencia del mismo en alguna hostería, llamada de la *Ballena*? ¿Cómo es posible entenderse, repetimos, con tales profanadores de la verdad de las escrituras? No cabe más recurso, que repetir por centésima vez, que *el espíritu fuerte, es el espíritu débil por naturaleza.*

Por lo demás, contra el racionalismo moderno, hecho mano del racionalismo del tiempo de

Jesucristo. Entónces como ahora existian incrédulos, y no incrédulos como quiera, sino tan extremadamente intolerantes, que no vacilaron en crucificar al Salvador en odio á su doctrina. Sin embargo, esos incrédulos contemporáneos y testigos oculares de los hechos evangélicos, no negaban su carácter sobrenatural; lo que hacian era inputárselos á Belzebud, es decir, que no pudiendo explicárselos como milagros, atribuíanselos al demonio y se los negaban á Dios. Por su parte el Talmud de Jerusalem los confiesa implícitamente, al declarar que Jesus habia arrebatado en el templo el poder del nombre de Jehováh. Finalmente, los filósofos paganos convienen en ello, es decir los admiten, puesto que Celso, Porfirio, Hierocles, Juliano el apóstata y otros los achacan á la mágia y demás ciencias ocultas. Esto sentado, no puede comprenderse con qué derecho, y despues de tanto tiempo, se pretende contradecir á esos jueces tan desinteresados, tan próximos á los acontecimientos, tan escépticos y tan esclarecidos.

Con los adversarios ataco á los indiferentes. En las cercanías y léjos de Jerusalem los habia á centenares de millones, capaces de establecer la distincion que en el dia pretende establecerse, y que jamas se acordaron de ello por la razon

sencillísima de que era á sus ojos completamente inadmisibles. Y si no, como se explica que durante los diez años que los apóstoles predicaron en Palestina sobre los lugares que fueron teatro de la muerte de Jesús y precisamente entre las gentes que más interesadas estaban en demostrar que todo ello fué mera impostura, no surgiera una sola voz de oposición á esos prodigios, fundada precisamente en la exégesis racionalista? ¿Como se explica que Quadratus, misionero de los tiempos apostólicos, haya podido escribir sin que se le desmintiera: "Los milagros de nuestro Salvador eran verdad: los enfermos por él curados y los muertos á quienes devolvió la vida, no fueron vistos únicamente en el instante de su curación ó de su resurrección, sino que continuaron su permanencia en el país durante el tiempo que el Salvador vivió en la tierra, con la circunstancia de que algunos de ellos vivieron mucho tiempo después de haberse aquel marchado, no faltando tampoco otros que han alcanzado nuestros días (1)." Lo que vale tanto como decir que Quadratus pudo conocerlos en su juventud. Por último ¿cómo se explica que

(1) Eusebio, *Hist.*, ec'cl. IV, c. III.

los autores paganos hablen abiertamente y sin atenuación racionalista, de los milagros referidos por el Evangelio? Chalcidio filósofo platónico del siglo tercero, alude á la estrella y á la adoración de los magos (1). Phlegon liberto de Adriano, menciona según hemos visto, el terremoto y el eclipse extraordinario que tuvieron lugar en el momento de la muerte de Jesús. El mismo autor refiere las profecías del Salvador y su cumplimiento, especialmente la destrucción y ruina de Jerusalén (2). Thallus autor griego del primer siglo, está de acuerdo con Phlegon en testificar que en el año décimo octavo del reinado de Tiberio, el cielo se entenebreció repentinamente en medio del día. En los archivos romanos, conservábase, muy entrado ya el siglo tercero, la relación de la vida, milagros y muerte de Jesucristo, enviada al emperador por Pilatos, de manera que Justino, Tertuliano, y otros apologistas, en sus discusiones con los paganos, apelaban continuamente á semejante testimonio, pudiendo añadir que según Tertuliano y Eusebio, fué tal la impresión que

(1) *Historia de las Olimpiadas* libros 13 y 14.

(2) *Arte de comprobar las fechas*, Prefacio.  
ROMA, 71

en el ánimo de Tiberio produjo la relacion de Pilatos, que propuso al senado el reconocimien- to de lo que niega la exégesis racional, es decir la accion sobrenatural de Jesus que le colocaba en la categoría de los Dioses.

Hay más aún: porqué razon, Alejandro Se- vero, segun sienta Lampidio, adoraba todas las mañanas á Jesus? ¿Porqué razon pretendió A- driano hacerle la hipótesis que Tiberio, á causa de una protesta de Sejano, no puedo llevar á ca- bo? ¿Porqué razon el historiador Josefo, da á Jesus el nombre de taumaturgo? De seguro que para ello se fijó especialmente en el sello so- brehumano que marca su vida, y en la verdad histórica de este sello, porque de ser este sospe- choso, en manera alguna se habría puesto al servicio de semejante causa un testimonio al par tan próximo y tan diseminado y al propio tiempo tan incapaz de ser victima de la ilusion como de hacerse cómplice de una colision.

Despues de los ensemigos y los indiferentes, invocaremos á los amigos. El cristianismo primitivo los cuenta muy notables por su inteligen- cia tales como esa *muchedumbre de sacerdotes Judios* que, segun las actas de los Apóstoles, se *convirtieron á la fé*; tales como Justino, Aristi- des y otros filósofos; y filósofos y sacerdotes con-

taban con los medios indispensables para distin- guir entre un Lázaro exhalando los nauseabun- dos miasmas de un cuerpo en descomposicion, y un cuerpo presa de un sueño letárgico, cuya in- fluencia termina mediante el contacto del aire existente en el interior de la tumba; entre la multiplicacion de panes llevada á cabo por un taumaturgo, ó una simple distribucion de provi- siones hecha sobre la yerba por los ricos á los pobres; en una palabra, entre los asertos evan- gelicos, y las gratuitas vulgaridades sustituidas á los mismos. ¿Pueden concebirse tales supersti- ciones en testimonios tan autorizados y sobre todo respecto de tan supersticiosas imaginacio- nes?

Hay, sin embargo, entre los amigos del cris- tianismo, una categoría que merece y goza au- toridad particular contra la exegesis racionalis- ta: me refiero á los mártires, es decir á aquellos seres que no han vacilado en padecer el más horrible suplicio, por afirmar la historia evan- géliica tal cual nosotros la creemos, no tal cual la arregla la crítica. Nosotros suprimimos los milagros, y precisamente por los milagros han derramado ellos su sangre. No S. Pedro no mu- rió por confesar un Mesias cuyo poder se redujo á hacerle marchar simplemente junto al agua

segun interpreta Paulo: solo un Maestro capaz de apaciguar en alta mar las olas embravecidas, pudo merecer de su parte aquel testimonio de fé: Santo Tomás no dió su vida por un crucificado que, al decir de los racionalistas, solo hubiese sido ligeramente herido mientras permaneció en la cruz, y que se hubiese despues curado clandestinamente mediante cuidados ocultos: la muerte real de Jesus, la permanencia de sus llagas despues de su resurreccion, es lo único que puede explicarnos el trágico fin del discipulo incrédulo. S. Juan no murió para dar fé de que habia visto lienzos blancos cabe un sepulcro ordinario, como pretenden interpretar los utopistas germanos; de seguro debió ver verdaderos ángeles junto á una tumba vacia, puesto que no vaciló en sellar con su sangre semejante deposicion. Por último S. Pablo no dió su vida por certificar que distinguió la caída del rayo en el camino de Damasco; en esta escena es indispensable la intervension de la voz de Jesus para que no deba considerarse puro enigma la vida y muerte del apóstol de las gentes. De manera que no puede prescindirse de lo milagroso en la causa si quiere mantenerse en proporcion con sus efectos y desde el momento en que se precinde de lo sobrenatural de la historia cristiana, que

dan convertidos en locos los que en ello han creído hasta la muerte; puesto que así como se da la palabra por las verdades naturales, sólo por las verdades divinas se vierte la sangre. Conviengamos pues que prestando fé á testimonios tan interesados en examinar debidamente, y tan bien dispuestos para debidamente distinguir una farsa tan poco razonable, se sacrifica la propia razon.

¿Y qué es lo que alegan contra este buen sentido exegético los que niegan á los hechos evangélicos todo carácter milagroso? Que los milagros son imposibles. En suma se permiten negar la evidencia, sin tomarse la pena de aducir prueba alguna en favor de su deposicion. Ahorra bien, como hemos demostrado plenísimamente que pueden realizarse hechos milagrosos; que pueden comprobarse, que pueden distinguirse, remitimos en este punto al lector á nuestro capítulo sobre la *realidad de lo sobrenatural* para evitarle la pena de oír de nuevo lo que dejamos dicho, limitándonos á consignar una vez más que cuando la crítica pretende conocer las verdades históricas, hace el trabajo del sofista; pero no le del historiador.



714. En el caso de EL BUEN SENTIDO, el autor no se detiene a discutir los hechos evangélicos, sino que se limita a afirmar que, si se admiten, no se puede negar la existencia de un poder sobrenatural. El autor no discute los hechos, sino que se limita a afirmar que, si se admiten, no se puede negar la existencia de un poder sobrenatural.

## II.

Después de haber refutado a los que niegan que los hechos evangélicos sean prodigios, ¿que contestaremos a los que no quieren conceder siquiera que tales prodigios sean hechos? Pocas palabras, porque desde el momento en que está admitida la realidad sobrenatural de semejantes hechos, no hay necesidad de establecer su realidad histórica por lo mismo que la segunda se halla esencialmente contenida en la primera. Con todo, consideramos mayor victoria la destrucción del edificio levantado por los mitólogos, que poner en evidencia que carece completamente de fundamento.

Empecemos pues por preguntar: ¿Cuyos son los criterios de semejante teoría? 1.º Los hechos deben ser considerados como mitos cuando

son contrarios a la experiencia diaria y se presentan con carácter maravilloso. Esto no pasa de ofrecer en lugar de prueba la misma cosa que se ha de probar. Ello es que lo maravilloso de una narración, no implica en manera alguna su falsedad, si lo maravilloso y la narración están plenamente verificados; y lo que, por lo demás, facilita el que pueda distinguirse entre lo maravilloso probado y otro inadmisibile, y que dificulta que el primero pueda hacerse pasar por el segundo, es la distancia obvia incommensurable que existirá eternamente para el lector sensato, entre los cuatro Evangelios canónicos y los apócrifos.

2.º Los hechos de una narración son simbólicos cuando entre ellos existe contradicción. Tratóndose de contradicciones substanciales, inconciliables, podría admitirse esa regla; mas entre las narraciones evangélicas más bien se observan variantes que verdaderas oposiciones, y la piedra de toque á que las somete Strauss, dista mucho de reunir las condiciones indispensables para que del ensayo pueda resultar la verdad. Para convencerse de ello basta con abrir por cualquiera de sus páginas un libro de concordancias evangélicas.

3º Si la narracion es poética y el narrador entusiasta. Es esta otra base de apreciacion completamente arbitraria. Puede tenerse razon y decir verdad de una manera poética; y en cambio puede divagarse ocupándose en frias especulaciones. Existe un entusiasmo que extravía la razon, y otro que la provoca: el que anima alguna de las oraciones de Bossuet, ¿puede inducir á sospecha contra la verdad de su fondo? ¿Léjos de excluir el buen sentido, no lo eleva hasta el éxtasis? Por otra parte, ¿la historia de las Cruzadas y la de la Conquista de América, dejan de ser ciertas por tener un fondo poético? Por última: y viniendo á los Evangelios, ¿puede decirse que haya entusiasmo en unas páginas escritas con una impasibilidad tal, que podría dudarse si son debidas á un amigo ó á un enemigo de Jesus? ¿Puede decirse que brilla la poesía en una narracion que es de lo más sencillo que ha brotado de la pluma? Si poesía existe, es de seguro la que resulta del esplendor de lo verdadero, no la que procede de los fantasmas que crea la imaginacion acalorada. Tenemos, pues, destruida la tercera de las bases en que se apoya la escuela mitológica.

4º «Si la narracion está en relacion con ciertas opiniones extendidas y parece ser la expresion

de esas opiniones envueltas en la forma de los hechos. Esto equivale á decir rotundamente que la idea mesiánica era conocida ántes del Evangelio, y que los Evangelistas no hicieron más que realizar dicha idea por medio de un drama interesante; más, precindiendo de que la idea mesiánica no era un mito, y de que no estaba admitida en todos los pueblos que han abrazado el Evangelio, Jesucristo difiere completamente del Mesías esperado por los Judíos, lo cual prueba que no es ni pudo ser una encarnacion simbólica de las esperanzas de su pueblo.

Por lo demás, ¿qué es el mito? Un agregado de circunstancias fabulosas que cubre un gérmen imperceptiblemente histórico, en el caso de que dicho gérmen no sea tambien fabuloso, como acontece con los mitos filosóficos. No se olvide que para la formacion de esas capas de nubes, como acontece con los sedimentos geológicos, es menester un lapso de tiempo, que Strauss estima en ciento cincuenta años. Segun la exégesis más meticulosa, los Evangelios fueron escritos ántes que finalizara el primer siglo: «cuanto más reflexiono respecto de ello, tanto más me inclino á creer que los cuatro textos reconocidos como canónicos, nos acercan y aproximan á la edad de

Cristo (1). « Ahora bien, ¿cómo se compaginan esas dos opiniones? ¿cómo se explica el que esos textos hayan podido dar cuerpo á los símbolos, ántes de que los símbolos hayan llegado á existir?

No cabe desconocer que es indispensable torturar los hechos y la razon para preferir las garantías de esta interpretación á las de la historia evangélica. Por lo demas, un sistema que descansa á priori en la posibilidad de lo sobrenatural, y que para destruirlo con mayor facilidad, niega el valor de la relacion de los sentidos, del testimonio humano, y de la certeza histórica aplicadas á este orden de fenómenos, es á todas luces un sistema sobornador por lo que se refiere al espíritu; corruptor con relacion á la verdad y en suma, un miserable instrumento de pirronismo.

Mas, para conseguir que brille con todo su esplendor la verdad de la narracion evangélica, mas bien que destruyendo las teorías que la atacan, puede conseguirse poniendo en evidencia su

(1) Renan, *Historia crítica de Jesús*.

conformidad con la historia. Despues de realizadas las más minuciosas investigaciones respecto del particular, se llega á la siguiente consecuencia que resume la cuestion: « Los hechos de Sócrates, de los cuales nadie duda, están ménos comprobados que los de Jesucristo. »

En efecto ¿están los hechos de Sócrates, como los de Jesus, garantidos por ocho escritores contemporáneos, de los cuales seis, Mateo, Juan, Pedro, Pablo, Jaime y Júdas, han visto con sus ojos y tocado con sus manos lo que refieren. y los dos restantes, Márcos y Lúcas fueron discípulos de los discípulos de Jesus, muchos de los cuales llevan su sinceridad hasta el punto de confesar sus debilidades y sus faltas, y todos dieron su vida en confirmacion de su palabra, con grave riesgo de ser anatematizados en su tiempo y en los siglos venideros por falta de sinceridad? ¿Puede concebirse que á tal punto se lleven el entusiasmo y la abnegacion?

Veamos ahora los hechos de Sócrates. ¿Han sido sometidos á la piedra de toque de tres sociedades interesadas en desacreditarlos, como el judaismo, el paganismo y el cristianismo, que han puesto en tela de juicio los hechos de Jesus? ¿Han tenido por teatro la plaza pública, por testigos muchedumbres innumerables, pasiones es:

pantosas por adversarios, el mundo por conquista, por resultado innumerables sacrificios? ¿Y puede hacerse la abstracción más arbitraria de todas esas evidencias por medio de un sistema que solo en quimeras se apoya? Nó, el verdadero mito será siempre y por más que se haga el mitismo, y la historia evangélica preservará siendo inquebrantada é inquebrantable.

No son, nó, mitos cristianos los que se han propuesto consignar Chalcido, filósofo platonico haciendo mencion de la Estrella de la Epifanía, y Macrobio, relatando la degollacion de los inocentes, y Phlegon, consignando entrelas hechos acaecidos en la olimpiada doscientas diez, el eclipse y el terremoto que acaecieron el dia de la Pasion; ni Adriano, proponiendo levantar un templo á Jesus; ni el universo entero trocando las costumbres disolutas y corrompidas de la sociedad pagana por el culto de la cruz: no, esto no puede admitirse, sobre todo, si se considera que tales mitos habrian sido propuestos por ignorantes como los apóstoles, y aceptados por neófitos de la talla de Justino, Tertuliano, Cipriano y Orígenes; y más aun cuando tales mitos no están destinados como los de la Grecia á extraviar la imaginacion de los pueblos, sino á imponerse á título de historia y con la preten-

sion de ser examinados, creídos y confesados como hechos.

Se ha echado mano y aun puesto de manifiesto ciertas particularidades de explicacion más ó ménos difícil contra la verdad de la narracion sagrada. Entre ellas podemos citar el recuento catastral de Quirino, el año XV de Tiberio, el Abileno de Lysanlas, temas principales de semejantes argucias: mas los libros especiales dan satisfaccion ámplia á todas las curiosidades y á todas las exigencias de la crítica respecto del particular; la armonía de los Evangelios resulta sin la menor discrepancia en toda su extension; y cuando se ha recorrido el círculo entero de discusion semejante, dice M. H. Wallon, se hace uno tan descontentadizo en materia de pruebas, que se siente inclinado á no creer en nada más que . . . en el Nuevo Testamento.

Y no se diga para eludir la verdad histórica los Evangelios profetizan la ruina de Jerusalem, es así que no debe admitirse la profesia, luégo ha de concluirse que son apócrifos ó que pertenecen á época más reciente: porque semejante manera de argumentar vale tanto como substituir á la lógica, la candidez más supina, ó el cinismo más descarado. ¿No equivale esto, á escamotear la conclusion, más bien que á deducirla, sobre

todo cuando se ha hecho la siguiente confesion? «Producto purísimo del cristianismo palestino, «impregnados del sentimiento» vivo y directo de «Jerusalen, son los Evangelios eco verdaderamente inmediato de los rumores de la primera «generacion cristiana (1)» Y el color de la primera generacion cristiana, ¿no autoriza mil veces más á creer que habiendo precedido los Evangelios, por lo ménos los tres primeros, á la ruina de Jerusalen, la anunciaron, que á suponer gratuitamente la insercion póstuma de la ruina de Jerusalen en los Evangelios, para tener un pretexto que los haga sospechosos? Mas, ¿cuántos disparates se creen, á fin de eludir la obligacion de creer?

Existe una confirmacion de la verdad evangélica no ménos decisiva que el testimonio de la Historia propiamente dicho, y es la que se deduce de la ortografía, de la numismática y de la geografía.

Más adelante invocaremos el auxilio de la etnografía en favor de la Biblia en general; preguntémosla ahora respecto del Evangelio en particular. Quanto más cerca se encuentra un es

(1) Rehan. *Historia crítica de Jesús*.

crito de la época de que habla, con más exactitud y más al vivo pinta los sucesos que refiere; en cambio, quanto más dista de la misma, más vagas é indecisas se ofrecen las líneas y más indeterminados los contornos. Un historiador mitólogo hallase expuesto á mil confusiones en todo lo relativo á la organizacion política, social y religiosa, y á la vida pública y privada de un pueblo; en primer lugar, porque cuando aparece, ha podido alterarse trascendentalmente el recuerdo de los acontecimientos, y despues porque semejante alteracion entra en la lógica de su sistema, que subordina constantemente la exposicion de los hechos á la expresion de una idea.

Pues bien, no obstante lo dicho, es imposible descubrir en los Evangelios la huella más insignificante de semejantes alteraciones. Brilla en los mismos un color local tan acentuado, y se describe en ellos el primer siglo de una manera tan exacta y minuciosa, que es absolutamente imposible referirlos á fines del segundo. Examínese el estado político y social del país en que vivía Jesús; estudiense los personajes históricos de Palestina, en dicha época; compárense esos datos con los consignados en los libros hitóricos del Nuevo Testamento, y se verá un acuerdo

tal, que el más descontentadizo lo considerará incompatible con la hipótesis de una composición mitológica. Si, los historiadores de Jesús han sido contemporáneos suyos: hablan de la división del reino de Heródes en monarquía y tetrarquía; nos presentan á Archelao reinando en Judea despues de su padre Heródes; y luego de repente, en el año décimo quinto del reinado de Tiberio, hacen aparecer á Poncio Pilatos, que en efecto sucedió á Archelao destronado y desterrado á las Galias; mencionan los gobernadores contemporáneos de Poncio Pilatos, tales como Heródes Antipas, tetrarca de Galilea, acusado por S. Juan Bautista de vivir con la esposa de su hermano Felipe, que era tetrarca de Iturea: dan á conocer las leyes civiles en vigor entre los judios en tiempo de Jesucristo, la sumision de la Judea á los romanos, los impuestos por los mismos establecidos, su autorizacion para que tuvieran fuerza ejecutiva las sentencias pronunciadas por la sinagoga, la impaciencia de los hijos de Abraham contra la dominacion extrajera, sus groseras ideas respecto del Mesías esperado, los rasgos característicos de los fariseos, secta orgullosa y formalista; de los Saduceos, secta materialista é ignorante; de los Samaritanos, en fin, que al principio ofrecieron

únicamente el espectáculo de un cisma y más tarde el de una verdadera apostasía.

Ahora bien: esos detalles tan variados como explicitos, hállanse perfectamente de acuerdo con los testimonios de la historia profana. «Al pasó que se penetra en el detalle de las opiniones, de los hábitos y de las costumbres que son propias de este período, puede adquirirse más hondo convencimiento de que los autores de nuestros Evangelios, han vivido en la época en que se realizaron los hechos que refieren (1).» Si un historiador posterior se hubiese ocupado en trazar la móvil fisonomía de un Estado que en un breve período pasó por tan diferentes regimenes y experimentó tan radicales y profundas revoluciones, por más cuidado que en ello pusiera, no habria podido librarse de cometer notables inexactitudes. De todo lo cual debe deducirse que los Evangelios no son en manera alguna coleccion de tradiciones vagas y flotantes, ni los evangelistas escritores que dejándose llevar por la fantasia, componian apólogos en vez de historia. De ser así, de seguro habrian denunciado la farsa descuidos de esos que no

(1) Hng. *Introducción.*

puede evitar el más avisado, y en cambio no se descubre en todo el contexto de los libros un solo anacronismo, una pincelada inexacta, una insignificante anomalía capaz de proyectar la sombra sobre la verdad.

Otra prueba puede aducirse en apoyo de la certeza de los hechos evangélicos: las deposiciones de la numismática. Las monedas, ora por la efigie que llevan estampada, ora por su nombre ó su valor, ora por su forma ó su sistema, contribuyen poderosamente á fijar las fechas y los acontecimientos sincrónicos del tiempo en que fueron acuñadas. Mas este conocimiento exige estudios especiales y profundos, porque nada hay que cambie con tanta frecuencia como las formas monetarias; de manera que un escritor de un siglo determinado no podría hablar de las monedas de plata que hiciese doscientos años estuviesen fuera de circulación, sin revelar por medio de las inexactitudes que cometiera y por los errores en que incurriese, su origen posterior. Pues bien, desde este punto de vista los Evangelios se distinguen por una precisión y un rigor hasta tal punto inatacables, que ello sólo dice claramente que es imposible que fueran escritos mucho tiempo despues de los acontecimientos que refieren. Por aquel tiempo circula-

ba en Palestina moneda griega, romana y judaica, siendo en esta en la que debía satisfacerse el tributo al templo, y esto explica el hecho de encontrarse cambistas *numularii* en los atrios de la casa del Señor. Los Evangelistas concilian estos hechos y dan cuenta de ellos y de la relacion de valores existentes entre las diferentes monedas con tanta precision, como no habrian podido emplearla historiadores de otros tiempos. Así sientan que los impuestos anteriores á la dominacion de los Césares, la capitacion, por ejemplo, se percibia únicamente en moneda griega (1); el impuesto debido al sostenimiento del templo, en moneda nacional [2]; las sumas correspondientes á las transacciones mercantiles y á los negocios civiles, en moneda romana (3). Todo esto se halla perfectamente de acuerdo con las indicaciones que debemos al historiador Josefo.

¡Singularidad digna de tenerse en cuenta! Despues de la ruina de Jerusalem, los judios sometidos hasta entónces al censo, es decir á un denario por cabeza, se convirtieron en tributa-

(1) Marc., XII. 42 Ldo., XXI 2.

(2) Mat., XXVI 26.

(3) Mat., X. 29; XX. 2; XIV. 3; Ldo., XI. 16; Juan, VI. 7; XII. 5.

rios del impuesto comun. Imagínese à un autor escribiendo bajo el imperio de esta ley, y no en el de la primera, y digásenos si no es cosa facilísima olvidarse completamente de esta y por consiguiente no aludir à la misma ni poco ni mucho; pero los Evangelistas que vivieron todos, y de los cuales tres escribieron antes de que la ciudad santa fuese entrada á saco, mencionan en términos formales esas diferentes fuentes del tesoro público en tiempo de Jesus. Prueba evidente de su fidelidad histórica, porque un autor del siglo segundo que hubiese escrito una leyenda, de seguro habria nombrado el gherah, el hazzi, y otras monedas judías, nombres que à los ojos del numismático hubiesen puesto de manifiesto su fraude ó falsificacion (1).

Queda además de las dichas una última piedra de toque para apreciar la verdad de un documento histórico: las indicaciones geograficas. La guerra, las perturbaciones políticas, la actividad humana contribuyen poderosamente à los cambios que con frecuencia experimenta la topografía de un país, de suerte que cuanto mayor es esa fluctuacion, producida por el choque de

(1) *Los Evangelios y la crítica.*

los acontecimientos, mayor riesgo corre de caer en error un escritor que vive mucho tiempo despues de la realizacion de los mismos.

Salta à la vista que los evangelistas se ven obligados por las neceridades de su narracion à consignar muchísimos detalles geograficos. Citan nombres de ciudades, aldeas, corrientes fluviales, lagos, y montañas de Galilea, Samaria y Judea: determinan exactísimamente la distancia que media entre uno y otro lugar; trazan con toda perfeccion la direccion de las sendas y caminos que cruzan la Palestina y todo esto de una manera tan perfecta que jamás se puede notar la contradiccion más insignificante. Muchos trabajos se han llevado à cabo para comprobar los Evangelios bajo el punto de vista de la geografia: háñse consultado el Talmud, Philon, Josefo y otros antiguos monumentos; y la confrontacion de los cuadros topográficos contenidos en esas fuentes, con los que resultan del Evangelio ha demostrado plenamente la verdad de estos.

Por esto Claikie despues de haber recorrido en todas direcciones la Palestina, escribe: "La descripcion geografica de los libros sagrados comparada con los monumentos, nada deja que desear." No debe olvidarse que Estrabon, Quinto-Curcio, Virgilio, Tito-Livio, Filostrato han



incurrido en graves errores al describir países que no habían visto. Si nuestros evangelistas hubiesen escrito fuera de la comarca y de la época que historian, y desde este punto de vista se hubiesen limitado à coleccionar las narraciones legendarias exparcidas en las diferentes comarcas cristianas, de seguro habrían cometido inexactitudes por demás groseras. En esta suposición, nada más difícil que el trazar un cuadro del estado judío despues de su ruina. Los numerosos cambios que la precedieron, la horrible catástrofe que tan profundamente conmovió à Jerusalem y sus alrededores, las transformaciones que comunicaron à ese país una nueva fisonomía, eran motivos poderosos para que un escritor posterior se hubiese encontrado en la imposibilidad de poder ser fiel. Añádase à esto que en tiempo de Adriano fueron completamente arrasadas novecientas ochenta y cinco aldeas y cincuenta poblaciones de más importancia, y se podrá comprender cuánto habría tenido de difícil la tarea del escritor que en tiempo de Constantino hubiese pretendido describir la Judea del tiempo de Tiberio.

La Palestina, dice Cellerier, cambiaba entonces frecuentemente los rasgos de su fisonomía, Ocupada por tres pueblos cuyos usos, cuyas cos-

tumbres, cuyo idioma eran completamente distintos, los hebreos, los helenos y los romanos, no podían sustraerse à su triple influencia. Invadida por Pompeyo, oprimida por Heródes, debelada por Tito, y casi anonadada por Adriano, cambiaba diariamente de aspecto y de leyes, así como de habitantes y de opresores. ¿Se concibe pues, que un falsario, escribiendo en la época en que los mitólogos lo imaginan, hubiese logrado salir de ese dedalo y en medio de tanta confusion diera con los nombres, las palabras y las fechas de una época completamente desaparecida, ya que no cabe dudar que en la de esa pretendida redaccion, estaba completamente borrada la nacionalidad del pueblo judío? Resulta, pues, de todo lo dicho, que los evangelistas han sido testigos oculares, pues las investigaciones mas minuciosas, dictadas por la prevencion, no han alcanzado à descubrir la más insignificante inexactitud, cosa que de seguro no se habría podido conseguirsi aquellos no hubiesen certificado *de visu* cuantos hechos consignaron en sus narraciones (1).

Además de las garantías de la historia, de la

(1) El Rd. Vilmaro *Estudio critico sobre los Evangelios*.

etnología, de la numismática, y de la geografía, la verdad de la narración evangélica dispone de otra, deducida de la integridad de los textos sagrados. Si estos textos, en efecto, son tales cuales los ha producido la inspiración primitiva, el trabajo de adiciones sucesivas y de adulteración que supone el mitismo, es imaginario, y hasta condenado el propio mitismo.

La integridad del libro que más se ha copiado, no debe en manera alguna entenderse en sentido absoluto, sino solamente en cuanto á la substancia de las cosas importantes, lo mismo por lo que respecta al dogma que por lo referente á la moral. Esta integridad es la única que racionalmente debe exigirse, puesto que la infalibilidad concedida á los autores sagrados no puede hacerse extensiva á todos los copistas y á todos los traductores. Proceder de esta suerte valdría tanto como exigir de la Providencia que preservara los libros sagrados de los incendios, las inundaciones, la polilla y los mil accidentes que pueden determinar su destrucción. Evidentemente basta á su objeto que subsista su integridad moral y que ni el tiempo ni los hombres tengan poder alguno contra esa suprema garantía de la verdad en medio del mundo. Tal es pues la conservación de los textos evangélicos

y por consiguiente la verdad de los hechos en ellos contenidos, puesto que la segunda deriva de la primera.

Los mitólogos aceptarían de buen grado la siguiente explicación de M. Renan: Durante ciento cincuenta años después de Jesús, la palabra lo era todo, los Evangelios no tenían gran importancia; "prestábanse unos á otros, los hombres, esos librillos; cada cual transcribía en las márgenes de su ejemplar las voces, las parábolas, que había leído en otras partes y que más honda impresión le habían causado. De manera que por este procedimiento, la obra más bella del mundo es resultado de una elaboración obscura y completamente popular (1)."

¿Mas, es así realmente cómo ha sido escrita la historia evangélica?

La vigilancia perpétua de la Iglesia no permite admitirlo y esta vigilancia data ya del primer siglo. S. Juan al terminar su Apocalipsis, amenazaba con los castigos más terribles á todo aquel que se atreviera á añadir ó quitar cosa alguna en su libro. S. Justino declaraba que el alterar las escrituras constituía un crimen más

(1) *Vida de Jesús*, Introducción.  
TOMO II

grave que el de prestar adoracion al vellocino de oro. Dionisio de Corinto hacia el año 170, llamaba apóstoles de Satán á los que tenian la temeridad de llevar á cabo semejante falsificacion. Todos los Padres, acostumbrados á dirimir las controversias en conformidad á esos textos venerados, conservaban la letra con celosísimo cuidado. Tertuliano y S. Epifanio se levantan contra Marcio porque para defender la causa que adoptara, habia mutilado el Evangelio de S. Lucas. Por último, los cristianos miraban con tan profundo respeto los libros santos, que muchos de ellos vertieron su sangre y arrojaron los más crueles martirios, con tal de no entregar aquellos al procónsul. Y ¿con qué derecho habria la Iglesia condenado los ultrjes de los herejes contra la Escritura, si por su parte hubiese cometido delitos semejantes? Suponerlo, no es una contradiccion en los términos, puesto que tocar á los textos sagrados equivale á separarse de la Iglesia.

La unidad de composicion en los Evangelios constituye el sello indubitable de su integridad: no es que tengan solamente un carácter de originalidad en el fondo sino que además lo tienen en el estilo: estilo imperfecto, incorrecto, lleno de hebraismos, dando á las palabras significados y

combinaciones que jamás conocieron los clásicos; estilo por otra parte que denuncia claramente la pluma de un Judío que emplea en sus obras la lengua griega; mas con posterioridad á los tiempos apostólicos, los Judíos no abundan en la Iglesia: cuantos escriben son griegos. Y si fuesen estos los falsos evangelistas que suponen los mitólogos en lugar de los verdaderos, ¿habrían renegado de la pureza helénica, para adoptar un lenguaje semibárbaro?. En presencia de estos hechos todos los críticos que optan por la opinion de los arreglos consecutivos, se ven obligados á hacerlos remontar á los tiempos apostólicos, es decir, á la época en la cual los testigos oculares abundaban y hacian imposible la alteracion de esa venerable historia.

El estado de los manuscritos constituyen igualmente una prueba material, contra todas las deposiciones desfavorables á la verdad que defendemos. Supónese en detrimento de los Evangelios una cosa verdaderamente inaudita en la historia de la literatura, es decir, la existencia de copistas alterando impunemente y segun su capricho los textos que tenian obligacion de reproducir. ¿Háse visto jamás espectáculo semejante en obra alguna se las que la posteridad nos ha legado, en las de Herodoto, Platon y Ci-

cion por ejemplo? Y por ventura no se han hallado estas, mil veces más expuestas á tales falsificaciones, que no los Evangelios que contaban con tantos vigilantes guardianes, como obispos y fieles existian en la Iglesia? Supongamos sin embargo, en contra de toda verosimilitud que la transcripcion de los textos sagrados ha sido objeto de un fraude, de una falsificacion contra la cual nada ha podido oponerse, y que cada copista, gozando de idéntico derecho, ha introducido alteraciones en la primera copia, y nuevas alteraciones en cada una de las sucesivas, aumentando las diferencias al paso que se alejaban del origen de donde procedian. ¿No es verdad que, procediendo de esta suerte, admitiendo esa hipótesis, al tocar á su termino el siglo segundo habrian existido tantas obras cuantos hubiesen sido los manuscritos? Pues bien, en dicha época los cuatro Evangelios existian en una forma perfectamente determinada y concreta. ¿Pretendràse sostener que fué este resultado de un pacto previamente establecido? ¿Mas en tal caso dónde está la prueba? ¿Dónde se halla siquiera la posibilidad? Fácilmente se alcanza que un texto, del cual se presume que tan variadas interpelaciones ha experimentado en sus diferentes copias, ha exigido previo acuerdo, para ser

restablecido á la unidad actual bajo la cual podemos contemplarlo; más, ¿como es posible admitir semejante acuerdo cuando siendo tantas las sectas interesadas en denunciarlo, no hay una sola que respecto de ello haya dicho una palabra?

Por lo demás, y áun admitiendo dicho acuerdo, ¿cómo puede explicarse la desaparicion de todos, absolutamente todos esos ejemplares, sin que haya quedado uno solo que oponer al texto actual? Las copias de los Evangelios eran por demás numerosas á fines del siglo segundo. Evaluando cual lo hace Norton, siguiendo á Gibbon, en 120 millones de almas la poblacion del mundo romano, y juzgando que de éstas la cuatragésima parte pertenecía al cristianismo, no baja de 3,000 el número de copias de la Biblia, con tal de suponer, y el cálculo no peca en manera alguna de exagerado, que para cada mil cristianos existia un ejemplar. ¿Es posible que no se hubiera salvado uno sólo de ellos? ¿Puede concebirse que esa proscriccion imaginaria, pronunciada á fines del siglo segundo contra todos los textos no admitidos, fuera tan eficaz, que hubiera bastado á hacerlos desaparecer totalmente, sin que quedara un ejemplar siquiera entre las sectas disidentes?

Nó, la verdad es que en tiempo de Orígenes existían ejemplares que contenían defectos debidos á los copistas; mas por lo mismo que ese doctor consideró cosa fácil un trabajo de comprobación entre el texto puro y esas copias defectuosas, hemos de deducir que es puramente imaginaria la corrupcion antigua y general que suponen los mitólogos. Y en tanto es así, que Orígenes señala las variantes, consigna las faltas y ni estas faltas son más graves ni las variantes más numerosas de lo que suele ofrecerse en los manuscritos ordinarios. El tiempo, por cierto mucho más considerable que despues de Orígenes ha transcurrido, multiplicando con las transcripciones los peligros de error, no ha comprometido en mayor grado la integridad de la narracion sagrada. Cuando el doctor Mill, despues de treinta años consagrados á comparar los manuscritos del Nuevo Testamento, publicó sus treinta mil variantes, prodújose un movimiento momentáneo de sorpresa y de temor; y sin embargo, no habia motivo para ello, puesto que Bentley ha encontrado en Terencio hasta veinte mil variantes. ¿Por ventura no se cuentan más de diez mil en la traduccion oficial de la Iglesia anglicana con todo y ser los impresores por punto general, más exactos que los copistas? A más

de que las variantes más bien que contarse debien pesarse. Tanto es así que de todas cuantas se han observado, apénas si hay una docena que, teniendo alguna importancia, relativamente al dogma, la tengan relativamente á la historia evangélica. ¿Y no es esta una nueva prueba de que el Evangelio nos llegó vírgen de todas las interpolaciones imaginadas por la exegesis mitologista (1).»

Esas conclusiones deducidas del estado de los manuscritos, se confirman por medio del estudio de las antiguas traducciones. Muchas de estas nos proporcionan el estado del texto original en época muy anterior á nuestras copias más antiguas: ahora bien, las versiones siríaca, copta y armenia, que precedieron á la de San Jerónimo, revelan la identidad primitiva de los Evangelios tales cuales nosotros los conocemos.

Todavía existe otra fuente de argumentacion, además de las que dejamos consignadas, y más que las precedentes accesible para la generalidad: nos referimos á las citas de los Santos Padres. Y si bien es verdad que frecuentemente citan de memoria, por cuya razon no deben ser invocados en apoyo de esta tésis, como no sea

(1) H. Wallon. *De la creencia debida á los Evangelios.*

con cierta circunspeccion; todavía, bien que teniendo en cuenta esas incorrecciones, tiene una gran fuerza la siguiente prueba: «Recorred, le dirémos á la crítica negativa, recorred los innumerables escritos de los Padres de la Iglesia que, en sus comentarios, en sus tratados dogmáticos, en sus homilias, han transcrito en cierto modo el Nuevo Testamento en su integridad, y de seguro encontraréis el sentido y casi siempre las palabras mismas de nuestros Libros santos. De manera que si fuese posible la desaparicion repentina de tales Libros, sería fácil rehacerlos, reuniendo las citas que se encuentran esparcidas en los diferentes autores eclesiásticos. Prueba demostrativa de la integridad constante de los Libros del Nuevo Testamento, puesto que de ella resulta que nuestros ejemplares actuales es tánperfectamente conformes á los de la más remota antigüedad (1).»

Robustezcamos por último la integridad de nuestros santos Libros por el argumento clásico que se han hecho en favor de su autenticidad. ¿A qué época se refiere su falsificacion histórica, al siglo de los Apóstoles, ó á los siguientes? En el siglo de los apóstoles no puede imaginarse, por

(1) Duvelstin. *Demonstraciones evangélicas*.

demasiado cercano á la época en que se realizan los sucesos, pues los apóstoles ó los hombres apostólicos habrían protestado, y la posteridad cristiana habría conservado la tradicion de semejante acontecimiento. Posteriormente tampoco, por demasiado tarde, porque habiéndose difundido los textos sagrados hasta el punto de hallarse esparcidos por todas las sectas, traducidos á todos los idiomas y leídos en todas las familias, habría sido imposible retirarlos todos de la circulacion para alterarlos colectivamente; sin contar con que la alteracion no habria servido ode nada absolutamente, como no se hubiese hecho en la totalidad de los ejemplares, Añadamos que el celo de la ortodoxia, del mismo modo que el de la preocupacion cristiana marchaban de acuerdo para vigilar sobre este depósito sagrado. Como en el siglo IV se apercibiera el bispo Espiridion, de que otro, llamado Tri fill us, por vano artificio retórico, trocaba en su sermon una palabra de la Escritura, preguntóle indignado si se juzgaba más hábil que el Espíritu Santo, y salió de la Iglesia en son de protesta. Sazomenes habla de una especie de conmocion popular, debida á que otro obispo se permitió en un sermon la misma libertad que se tomara Tri fillus. Por último San Jerónimo emprendió su

traducion de la Escritura teniendo en cuenta la gritería que levantaría contra él el pueblo, verdaderamente apasionado por la traducción de los Setenta, temor por otra parte completamente justificado, ya que durante largos años la lectura de la Vulgata provocó en las Iglesias hondas perturbaciones, à causa de las divergencias que resultaban entre ella y las traducciones anteriores que las muchedumbres se sabían de cerebro. Es indispensable por tanto, convenir en que no era posible desfigurar impune y claudestina-mente unos textos tan queridos, tan guardados y con tanto esmero vigilados.

Terminemos esta demostracion de la verdad histórica del Nuevo Testamento contestando à una objecion conocida, ya que semejante res' puesta alcanza la fuerza y autoridad de una prueba. Existen, se dice, Evangelios apócrifos, reconocidos tales por la Iglesia. ¿Por qué razon han de merecer mayor crédito los Evangelios canónicos? ¿Qué mayor autoridad alcanzan sobre los demás, sea en el órden histórico, sea en el órden sobrenatural?

Esto vale tanto como decir, han existido Evangelios apócrifos, luego todos merecen la consideracion de tales; ó lo que es lo mismo, existe el error, luego no existe la verdad. ¡Como si las

falsificaciones no constituyesen por sí mismas un homenaje tributado al valor de la cosa falsificada; como si la aleacion no constituyera una prueba en favor del oro, cuyo precio no puede igualar; como si la Iglesia, en el mero hecho de haber eliminado de su cánón, nada ménos que cincuenta Evangelios falsos, no fuera más digna de crédito, por lo mismo que sólo admite cuatro como verdaderos!

¡Y qué mejor testimonio en apoyo de la historia, segun los verdaderos Evangelios, que la imposibilidad en que se hallan los apócrifos de ser verdaderamente históricos! Cada uno de sus pasos por ese terreno se halla marcado por una caida. El Evangelio de la Natividad de María, remontándose hasta el tiempo que precede à su nacimiento, nombra à un gran sacerdote llamado Isachar, del cual no se halla el menor indicio en el historiador Josefo. El falso Evangelio segun S. Mateo, y protoevangelio de Santiago dan à ese gran sacerdote el nombre de Ruben, con no mayor exactitud. El Evangelio árabe de la infancia de Jesus le hace ir à Memfis en Egipto para visitar al Faraon. El Evangelio de Nicodemo incurre en los más groseros errores históricos y geográficos: así, por ejemplo, hace decir à los judíos dirigiéndose à Pilatos; *nuestra ley nos*

prohíbe ajusticiar á nadie, siendo así que era su servidumbre y no su ley la que les privaba de este poder. Consigna también que tres Judíos es á saber; un doctor, un sacerdote y un levita fueron desde Galilea á anunciar al sanhedrin que habian visto á Jesus subiendo al cielo desde el monte Olivete, cosa absolutamente imposible teniendo en cuenta la distancia. Por dónde se demuestra una vez más cuán difícil es para los inventores el transformarse en historiadores.

¿Alcanzan los apócrifos mejor resultado en la verdad de su maravilloso? Júztese y se verá que si los milagros del Evangelio llevan impreso el ideal de la belleza moral, los de sus pueriles narradores caen bajo el peso de su propio ridículo. Tal hay que para mostrarnos la naturaleza entera como en suspenso al advenimiento del Hijo de Dios, imagina á ciertos trabajadores llevando á la boca un alimento que jamás acaba de llegar; á un pastor levantando su cayado para castigar á sus ovejas, sin que el cayado llegue á caer, ni las ovejas se mueven del sitio, no obstante verse amenazadas; y á los rebaños acosados por la sed, inclinándose sobre un manso arroyuelo cuyas aguas no pueden alcanzar. En la degollacion de los inocentes, dicho autor representa al Bautista librándose de la muerte por

medio de una montaña que se abre de repente y le recoge en su seno al par que á su madre, y cuando Zacarías, su padre, es degollado entre el vistíbulo y el altar, su sangre se trueca en piedra, á la manera que lo refiere el Talmud del hijo de Joiada.

Sienta otro, que el Evangelio de Santo Tomás habla de Jesus cual si fuera un pequeño mago que hace pajaritos de barro que, animándose al influjo de su palabra, emprenden el vuelo ante las miradas del pueblo. Uno de los compañeros de sus juegos infantiles, tuvo el antojo de destruir una pequeña piscina en que Jesus habia recogido las aguas pluviales, y Jesus le dejó frio y seco, volviéndole á la vida por intercesion de sus padres, acompañando el suceso con detalles repugnantes. Otro niño que corría por la calle le dió un empujon, por cuyo motivo encolerizado Jesus, le dijo: no darás un paso más, y el niño cayó redondo. El Evangelio árabe nos refiere los más extraordinarios prodigios realizados por el agua con que se habia lavado al divino Infante. En Egipto encontróse con un hermoso jóven trocado en mulo por unas mujeres impulsadas por los celos, y le devolvió su forma primitiva para entregárselo á su desconsolada novia. En dicho país y atravesando el desierto,



encontró á dos ladrones, y dijo á su madre: «Dentro treinta años será crucificado en Jerusalem entre esos dos ladrones: Tito se hallará á mi derecha y Dumaco á mi izquierda.» Desde este lugar se trasladó con sus padres á una ciudad llena de ídolos, que á su presencia transformó en colina de arena. A su regreso hacía Belen encontró dos niños enfermos á quienes devolvió la salud: estos niños debían ser, andando el tiempo, San Bartolomé y Simon el Cananeo. Por último, aparecióle Júdas, tambien por esa misma época, bajo la forma de un pequeño poseído que mordía á todo el mundo y que pretendió morder tambien á Jesus; pero Jesus llora y le libra del diablo, que abandona el cuerpo del poseído bajo la forma de un perro rabioso.

¿Citaremos despues de tanto disparate todo aquello de Jesus corrigiendo las faltas que su padre putativo José, desmañado carpintero, habia cometido en la construccion de puertas, arcos y zarandas? ¿Hablarémos de aquel viaje hecho á Jerusalem con el único propósito de ensanchar el trono que el rey mandara construir á José, y que éste no supo realizar por haber tomado mal las medidas? Si continuáramos citando, creeríamos faltar al respeto que debemos al lector, y sobre todo á Dios.

Recuérdese ahora el Evangelio verdadero, y dígase si esa série de falsificaciones no es bastante á acreditar su verdad. Y es que nada es de más difícil imitacion que lo procedente de origen divino. Por más que hagan los mitólogos, jamás lograrán infundir en sus novelas ese sabor delicioso, ese aroma incomparable que penetra hasta lo más íntimo del corazon. Uno de los más sólidos caractéres de la verdad cristiana, estriba en la imposibilidad material en que se halla el hombre de inventarla, y esto puede aplicarse á la historia de esta verdad, como á sus dogmas, y á su moral, porque los hechos del Evangelio, como sus sublimes máximas, son para nosotros de imposible invencion.